

LAURENCE Y ANTONIO  
MARQUÉS DE SADE

# LAURENCE Y ANTONIO MARQUÉS DE SADE



<http://www.librodot.com>

# NOVELA ITALIANA

El desastre de la batalla de Pavía, el espantoso y astuto carácter de Fernando, la superioridad de Carlos Quinto, el extraño crédito de esos famosos mercaderes de lana, listos a compartir el trono de Francia, y ya instalados en el de la Iglesia\*, la situación de Florencia, ubicada en el centro de Italia como para dominarla; todas estas causas reunidas tornaban sumamente codiciable el cetro de esa ciudad, destinándolo sin duda a aquel de los príncipes de Europa que brillara con mayor esplendor. Carlos Quinto, que así lo comprendía y debió perseguir tales objetivos, tal vez cometió un error al postergar a Don Felipe que necesitaba tanto de ese trono para mantener sus posesiones en Italia, dando la preferencia a una de sus bastardas a quien casó con Alejandro de Médicis. Teniéndolo todo en sus manos para hacer de su hijo el Duque de Toscana, ¿cómo pudo contentarse con dar tan sólo una princesa a esta hermosa provincia?

Pero ni estos acontecimientos, ni la importancia que Carlos Quinto concedía a los florentinos, lograron deslumbrar a los Strozzi. Poderosos rivales de su príncipe, no perdían la esperanza de derrocar tarde o temprano a los Médicis de un trono, del que se creían más dignos, y al que pretendían desde tiempo atrás.

En efecto, ninguna casa Toscana tenía mayor rango que la de los Strozzi... que, de haber observado mejor conducta, pronto hubiese poseído el codiciado cetro de Florencia.

En momentos en que esta familia gozaba de su mayor esplendor\*\*, cuando la más grande prosperidad reinaba a su alrededor, Charles Strozzi, hermano de quien mantenía el prestigio del apellido, con menos interés en los asuntos de Estado que en sus fogosas pasiones, aprovechaba la inmensa fama de su familia para satisfacerlas con mayor impunidad.

Al alentar los deseos de un alma mal nacida, es muy raro que los medios con que cuenta la grandeza no se conviertan pronto en instrumentos del crimen. ¿Qué es lo que no hará el feliz malvado a quien su nacimiento coloca por encima de las leyes, cuyos principios ofenden al Cielo, y que todo lo puede gracias a sus riquezas?

Charles Strozzi era uno de estos peligrosos hombres, para quienes todo es poco con tal de lograr lo que desean; tenía cuarenta y cinco años, edad en que los crímenes ya no son producto de una sangre ardiente, sino razonados, premeditados cuidadosamente, y cometidos con menos remordimientos. Acababa de perder a su segunda mujer, y puesto que la primera había muerto víctima de los malos tratos de este hombre, en Florencia se creía, casi con certeza, que la segunda había corrido igual suerte.

Poco vivió Charles con esta segunda esposa, mas de la primera tenía un hijo, de veinte años de edad, cuyas excelentes cualidades compensaban a la familia de los errores cometidos por su segundón y consolaban a Louis Strozzi, el primogénito, que luchaba contra los Médicis, por no haber contraído matrimonio ni tenido hijos. Todas las esperanzas de esta ilustre familia estaban puestas, pues, en el joven Antonio, hijo de Charles y sobrino de Louis. Se lo miraba habitualmente como al futuro heredero de la fortuna y la fama de los Strozzi, y hasta como a quien podría reinar en Florencia si el inconstante Destino negaba algún día sus favores a los Médicis. Se comprenderá fácilmente cuánto se amaba a este joven y que cuidados se tomaban en su educación.

Era imposible que Antonio respondiera en mejor forma a estas esperanzas. Vivaz, agudo, pleno de espiritualidad e inteligencia, sin más defectos que un candor, y buena fe algo excesivos, feliz error de las almas nobles; muy instruido para su edad, de agradable figura, en absoluto corrompido por los malos ejemplos y peligrosos consejos de su padre, ansioso de

---

\* Nos referimos a León X, de la casa de Médicis.

\*\* Entre 1528 y 1537.

inmortalizarse, admirador entusiasta de la gloria y el honor, humano, prudente, generoso, sensible, Antonio, como se ve, tenía que gozar, bajo múltiples aspectos, de la estima general; y si alguna preocupación sentía su tío con respecto a él, era al ver a un joven colmado de virtudes bajo la dirección de semejante padre; ya que Louis, siempre en los campos de batalla, acuciado por su ambición, apenas podía ocuparse de su valioso sobrino y, a pesar de los peligros, lo había dejado educarse en casa de Charles.

Aunque resulte difícil creerlo el carácter malvado y celoso de este mal padre no dejaba de ver sin una sombra de envidia tantas bellas cualidades en Antonio y, temiendo verse eclipsado por él tarde o temprano, en vez de fomentar sus condiciones, trataba de debilitar su carácter. Afortunadamente esos propósitos no lograron su objetivo, ya que el buen natural de Antonio lo protegió contra las seducciones de Charles; supo reconocer y detestar los crímenes de su padre, sin dejar por ello de amar a quien tales vicios mancillaban; mas su exceso de confianza hizo que, a veces, ese hombre a quien debía querer y menospreciar a la vez, lograra engañarle. A menudo el corazón puede más que la cabeza, y los malos consejos de un padre tan peligroso logran seducir el sentimiento dominando a la razón, apoderándose al mismo tiempo de todas las cualidades del alma y corrompiendo a quien sólo cree amar y obedecer.

“Hijo mío, decía un día Charles a Antonio, la verdadera dicha no está donde tú crees; ¿qué esperáis de ese vano fulgor de las armas a donde vuestro tío quiere llevaros? El respeto que se adquiere mediante la gloria se asemeja al fuego fatuo que engaña al caminante; seduce la imaginación mas no procura la menor voluptuosidad a los sentidos; sois bastante rico, hijo mío, como para prescindir del trono; dejad a los Médicis el peso agobiador del imperio; siempre el segundo, en un Estado, es más dichoso que el primero; pocas veces los mirtos del amor crecen bajo los laureles de Marte. Una caricia de Cypris vale mil veces más que todas las palmas de Belona, y no es en los campos de batalla donde nos sentimos dominados por la voluptuosidad; el ruido de las armas la hace huir; el celo y el valor, fanáticas virtudes de los hombres salvajes, endurecen nuestras almas contra las seducciones del placer, le quitan esa deliciosa blandura que nos permite gustarlo; cuando se sigue la carrera de los bárbaros uno se inscribe en los fastos que nadie leerá jamás; se huye de las rosas del templo de Citera, prefiriendo el de la inmortalidad donde sólo se cogen espinas. Vuestra fortuna es mayor que la de cualquier ciudadano; os rodearán todos los placeres y su elección será el único estudio que tendréis que hacer. ¿Renunciaríais a tantas cosas bellas por los sinsabores de un cetro? ¿Tendréis una hora de esparcimiento en medio de las preocupaciones de la administración? ¿Acaso nacemos para otra cosa que el placer? ¡Ah, querido Antonio, debes creerme! La púrpura está lejos de los encantos que se le atribuyen; cuando se quiere conservar su esplendor, se pierden, al intentarlo, los mejores momentos de la vida; si no nos preocupamos por mantenerlo, pronto lo empañan los envidiosos y sus manos nos quitan un cetro que las nuestras ya no saben sostener ; así, siempre luchando entre el fastidio de reinar y el temor de ya no ser dignos de ello llegamos al borde de la tumba sin conocer el placer; entonces, nuestro último súbdito es la noche oscura que nos envuelve y comprendemos que para sobrevivir lo hemos sacrificado todo sin lograrlo, y que en ella nos sumimos presa del terrible remordimiento de haber perdido nuestra vida en pos de una ilusión.

”Además, ¿qué representa ere frágil imperio que pretendes, hijo mío? ¿Podrán los tiranos de Florencia desempeñar un papel en Italia cuando no cuenten con más energía que la suya propia? Mira rápidamente lo que ocurre en la Europa actual, los intereses de sus reyes, los rivales que nos rodean; un altivo príncipe\* aspira a ser el monarca del universo... los demás se opondrán. En tal caso, tendrá que ser Florencia el primer objetivo de sus planes. Tanto ese príncipe ambicioso como sus competidores tendrán que encadenar a Italia desde las riberas del Arno. Florencia será, pues, el centro de la guerra; su trono el templo de la discordia.

---

\* Carlos Quinto.

Francisco I se recuperara del desastre de Pavía; una batalla perdida no cuenta para los franceses; volverá a entrar en Italia, y lo hará con tantas tropas que los Sforza ya no podrán pensar en disputarle el Milanésado; será el dueño de Florencia... Carlos Quinto lo enfrentará, comprendiendo el error cometido al no asegurar este trono a Don Felipe; hará todo para conquistarlo; ¿qué podemos nosotros contra intereses tan enormes? ¿El Papa?... Siendo él mismo un Médicis, sus negociaciones, más peligrosas que las armas, sólo buscarán restablecer a su familia en Florencia, sometiéndola al más fuerte... Venecia, cuya prudente política tiende solamente a mantener el equilibrio en Italia, no soportará en la Toscana a pequeños monarcas que, siempre pesando en la balanza pero sin inclinarla hacia uno a otro lado, trabajan únicamente en su propio beneficio. Todo, hijo mío, todo nos granjeará enemigos, surgirán por doquier, sin que aliado alguno acuda a socorrernos; arruinaremos nuestra fortuna, hundiremos nuestra casa para encontrarnos con que un día seremos los más débiles, los menos opulentos de Florencia... Abandona, pues, tus quimeras, lo repito, y traslada tus deseos a objetivos de más fácil y grata posesión; corre a olvidar en los brazos del placer la loca ambición de tus grandiosos proyectos”.

Pero ni estos ni otros mas peligrosos discursos, puesto que atentaban contra las costumbres o la religión, lograron corromper a Antonio; bromeaba acerca de los sentimientos de su padre, rogándole que le permitiera disentir con los mismos, asegurándole que si algún día subía al trono, sabría mantenerse en él con tanta inteligencia como prudencia y que la fama que él daría a la corona sería mayor que la que ella le procurara. Entonces Charles empleaba otros métodos para empañar esas virtudes que lo deslumbraban; trataba de tentar los sentidos de Antonio, lo rodeaba de todo aquello que creía más capaz de seducirle; lo conducía con su propia mano a un mar de voluptuosidades, alentándolo al desorden por medio de lecciones y de ejemplos. Antonio, joven y crédulo, cedía un momento por debilidad, pero pronto la gloria reanimaba su espíritu orgulloso, en cuanto se calmaban sus pasiones y volvía a ser dueño de sí mismo y, huyendo horrorizado de la sujeción de la molición, tornaba a luchar junto a Louis.

Un motivo más poderoso aún que la ambición mantenía en el alma de Antonio la observación de las costumbres y el gusto de las virtudes ¡Quién ignora los milagros del amor!

El interés de los Pazzi coincidía con los sentimientos de Antonio hacia la heredera de esa familia, igualmente rival de los Médicis; y tanto para dar mayor fuerza al partido de los Strozzi como para vencer más fácilmente a los enemigos comunes, nada más conveniente que conceder a Antonio la mano de Laurence, la joven heredera que amaba a Antonio desde su más tierna infancia y a quien él adoraba desde que su joven corazón se dejara oír por vez primera. Si había que acudir al combate, Antonio recibía las armas de manos de Laurence; y esas mismas manos lo cubrían de laureles cuando había sabido merecerlos; una sola palabra de Laurence enardecía a Antonio; por ella hubiese conquistado la corona del mundo, depositándola a sus plantas con el sentimiento de no ofrecerle nada.

Corno única heredera de todos los bienes de los Pazzi, ¡cuántos nuevos títulos conquistaban los Strozzi mediante esta alianza! Se decidió pues concertarla. Poco tiempo después, la bella joven, que sólo tenía trece años, perdió a su padre, y como su madre había muerto hacia mucho, y Louis, siempre en el ejército, no podía encargarse de esta preciosa sobrina, no se halló nada mejor que concluir su educación en el palacio de Charles donde, más cerca de su futuro esposo, podría adquirir los conocimientos y virtudes que agradaran al que compartiría su destino y mantener vivos en su corazón los sentimientos de amor y de gloria que había alimentado hasta el presente.

Por lo tanto la heredera de los Pazzi es llevada, inmediatamente, a casa de su futuro suegro, y allí, viéndose a diario con Antonio, se entrega más de lo que lo había hecho hasta el momento, a los deliciosos sentimientos que los encantos del joven guerrero despertaran en su corazón.

Mas deben separarse. Marte llama a su preferido; Antonio parte al combate; aún no se ha

cubierto de bastantes laureles para ser digno de Laurence; aspira a estar en alas de la Gloria cuando Himeneo lo corone; Laurence, por su parte, es demasiada niña para plegarse aún a las leyes de este dios; por el momento, pues, todo debe esperar.

Pero por grande que sea la ambición de Antonio no puede partir sin gran congoja y Laurence ve alejarse a su amado derramando amargas lágrimas.

– ¡Oh, dueña adorada de mi corazón!, exclama Antonio en ese instante fatal. ¿Por qué otra necesidad que la de agradaros me quita la dicha de perteneceros? Ese corazón, sobre el que aspiro a reinar mucho más que sobre ningún pueblo ¿me acompañará, al menos, en la batalla? ¿Os compadeceréis de vuestro amado si, mientras lucha por vos, imprevisibles contrastes retrasan por un momento su victoria?

– Antonio, responde Laurence con modestia, fijando sus bellos ojos llenos de lágrimas en el objeto de su amor, ¿podrías dudar de un corazón que ha de perteneceros para siempre?... Si me llevaseis tras vuestras huellas, siempre bajo vuestra mirada o combatiendo junto a vos, probándoos si soy digna de mereceros, yo encendería mejor la antorcha de la gloria que ha de guiar vuestros pasos. ¡Ay, Antonio, no nos separemos! ¡Os lo suplico! La dicha sólo existe para mí allí donde estáis vos.

Antonio cae a los pies de su amada y osa mojar con sus lágrimas las bellas manos que cubre de besos

– ¡No!, dice a Laurence. No, mi alma; quedaos junto a mi padre; mis deberes, vuestra edad, así lo exigen... es menester; mas amadme, Laurence, juradme, como si ya estuviésemos ante el altar, esa fidelidad que me hará dichoso, y mi corazón más tranquilo, obedeciendo únicamente al deber, me impulsará a acudir a su llamado, con algo menos de dolor.

– ¿Qué juramento queréis que os haga? ¿No los leéis a todos en esta alma que sólo se apasiona por vos?... Antonio, si un pensamiento extraño la ocupara por un instante, desterradme para siempre de vuestra vida y que nunca Laurence sea vuestra esposa.

– Esas halagüeñas palabras me tranquilizan; creo en ellas, Laurence, y parto con menor temor.

– Id, Strozzi, id al combate. Partid, ya que es menester que así se haga, a buscar otros halagos que los que os prepara mi ternura; mas sabed que todos los goces con que la gloria embriagará vuestra alma, nunca la halagarán tanto como halaga a la mía la esperanza de ser pronto digna de vos; y si es verdad que me amáis, Antonio, no desafiéis inútilmente al peligro; pensad que es mi vida la que exponéis en el combate, y que si tuviese la desgracia de perderos no os sobreviviría ni un instante.

– ¡Pues, bien! Cuidaré de esa sangre que arde de pasión por vos; inflamado tanto por el amor como por la gloria, renunciaría a ésta antes que inmolar este amor que me da la vida y la felicidad.

Y viendo llorar a su amada:

– Cálmate, Laurence, cálmate. Volveré fiel y triunfante, y los besos de tu boca de rosa recompensarán tanto al amante como al vencedor.

Antonio se aleja, y Laurence se desvanece en brazos de sus damas; cree, en su delirio, percibir aun las cariñosas palabras que apenas un momento antes la colmaban de dicha..., extiende sus brazos, sólo estrecha en ellos a una sombra, y vuelve a caer presa del más violento acceso de dolor.

Conociendo el alma de Charles Strozzi, sus principios y pasiones, es fácil darse cuenta que ni bien quedó solo a cargo de la joven beldad que tan imprudentemente dejaran en sus manos, concibió el bárbaro proyecto de quitársela a su hijo.

¡Ah, en efecto! ¿Quién podía ver a Laurence sin adorarla? ¿Qué ser habría resistido al fuego de sus grandes ojos negros, en los que la voluptuosidad hizo su templo?... Ven en mi ayuda, hijo de Venus, préstame tu antorcha, para describir, si puedo, con sus rayos ardientes, la seducción y el hechizo que pusiste en ella; concédeme las inflexiones que necesito para dar

una idea del poder de los encantos que la adornan; ¿podría yo pintar, sin tu auxilio, su fino y esbelto talle que a las Gracias robaste? ¿Esbozaré esa dulce sonrisa en que impera el pudor, junto al placer?... ¿Podré, sin ti, mostrar la rosa del rubor, encendida en su cutis de azucena, su pelo del rubio más hermoso ondulando bajo su cintura... y toda ella con ese atractivo que incita a celebrar tu culto?... Sí, Dios poderoso, inspírame, pon entre mis dedos el pincel de Apeles guiado por tu delicada mano... Quiero describir tu obra... es Hebe encadenando a los dioses, o más bien eres tú mismo, amor, oculto por coquetería bajo los rasgos de la más bella de las mujeres, para conocer tu poder y ejercerlo con mayor acierto.

Charles, ebrio ya con el seductor veneno que ha encontrado en los ojos de Laurence, sólo piensa en turbar la felicidad del desventurado ser que trajo al mundo. Lo espantoso del proyecto apenas preocupa a Strozzi; a un alma como la suya no puede aterrorizar el crimen; no obstante, oculta sus intenciones; la astucia es el arte que practican los asesinos, el medio para cometer sus delitos. Al principio Charles trata de consolar a Laurence. La inocente niña agradece una bondad que cree sincera, y, lejos de imaginar el motivo que la inspira, sólo piensa en retribuirlo. Strozzi sabe bien que a esa edad no podrá destruir en la joven los sentimientos que su hijo ha despertado; se rebelará si le habla de amor; por lo tanto recurrirá a la gentileza. Lo primero que se le ocurre es utilizar, con esta bella personita, algunos de los argumentos esgrimidos ante su hijo toda vez que ha intentado alejarlo de la gloria. Diariamente ofrece fiestas en su palacio a las que cuida de invitar a la más hermosa juventud de Florencia. “Ella no puede amarme, se decía Charles, mas si se enamora de otro que no sea mi hijo, esa diversión suya me será favorable; cuando haya ultrajado los sentimientos que ha jurado, me resultará más fácil inducirlo a otros pecados”. De igual modo se la distrae dentro del palacio, siendo servida únicamente por los pajes de Charles y cuidándose de que éstos fuesen los más bellos\*.

Uno de dieciséis años de edad llamado Urbain y preferido por Charles, pareció atraer algo más que los otros las miradas inocentes de Laurence. Urbain poseía un porte delicioso, aspecto robusto y saludable, pese a lo cual sus miembros eran de perfectas proporciones; era ocurrente, gentil, desvergonzado, pero con tanta gracia que todo se le perdonaba siempre. Su vivacidad, sus ocurrencias, su carácter bromista, divertían a Laurence... muy lejos de prestar atención a sus otros encantos. A él se debieron las primeras sonrisas de sus labios después de la partida de Antonio.

Charles ordena en seguida a Urbain que se adelante a los deseos de Laurence... “Tienes que agraderle, hacerle la corte..., ve mas lejos aún, dice el pérfido Strozzi, y tu fortuna estará hecha si logras enamorarla... Escucha, querido Urbain, te abriré mi corazón; aunque eres joven, conozco tu discreción y sabes cuánto te aprecio; se trata de hacerme un favor; el matrimonio que me han propuesto para Antonio no me agrada, y el único medio de romperlo es conquistando el corazón de Laurence. Si logras hacer triunfar mi plan, si eres amado por la prometida de mi hijo, te convertiré en el señor más grande de Toscana; tu cuna es elevada; puedes, tanto como mi hijo, pretender a la mano de Laurence; sedúcela y luego la desposarás; pero su caída debe ser comprobada; de otro modo no podría concedértela... es menester que ella sucumba... mas, sin embargo, no deberás concluir tu conquista sin advertírmelo... En cuanto Laurence haya consentido... cuando seas dueño de su persona, condúcela a uno de los gabinetes junto a mis aposentos... Me lo harás saber... Yo seré testigo de tu victoria... Laurence, confundida, se verá obligada a concederte su mano..., y si lo logras..., si sabes unir la destreza a la temeridad... ¡Ah, querido Urbain, qué felicidad será tu recompensa!”

Era difícil que tales palabras no surtieran efecto en un joven de la edad y del carácter de Urbain. Cae a los pies de su señor, lo colma de muestras de agradecimiento y le confiesa que ya se ha enamorado locamente de Laurence y que el día más hermoso de su vida será aquel en

---

\* No hay que olvidar que por entonces los pajes se elegían entre las familias más ilustres y a menudo resultaban ser parientes de sus amos.

que pueda satisfacer esa pasión.

– Pues bien, dice Charles, trata de lograrlo y cuenta con mi protección; no olvidemos nada que pueda favorecer este plan, que a ti te halaga y en el que yo cifro la mayor esperanza de mi vida.

A pesar de este primer triunfo, Charles comprendió que había que mover otros resortes. Luego de sondear a varias de las damas de Laurence, descubrió que de la que más podía esperarse era de una tal Camille, primera dueña de la joven Pazzi, quien la tenía junto a sí desde la cuna. Camille, aún hermosa, podía ser deseada; era probable que se rindiera a su amo. Strozzi, cuyo mayor talento consistía en conocer profundamente el alma humana... que sabía que poseer a una mujer es el mejor medio para hacerle aceptar ser cómplice de un crimen, comenzó el ataque de Camille demostrando únicamente esa primera intención. El oro, más eficaz que sus palabras, pronto la conquistó. Por una casualidad, favorable a Charles, el alma de esta detestable criatura era tan negra, tan perversa como la de Strozzi. Lo que una imaginaba, la otra lo ejecutaba con placer; se diría que esos horribles corazones eran obra del Infierno.

Camille no tenía motivo alguno de celos para justificar los horrores que aceptaba realizar. ¿Por qué habría de envidiar a su ama, con quien nunca existiera la menor rivalidad? Pero las atrocidades que se le encargaban bastaban para quien, según propia confesión, nunca gozaba tanto como cuando hacía el mal.

Strozzi, conociendo a fondo el carácter de este monstruo, no le siguió ocultando su plan para abusar de Laurence; le dijo, además, que el proyecto no debía preocuparla, ya que era un simple capricho que no le impediría a él seguir otorgándole todo su amor. Camille, alarmada en un primer momento, se tranquiliza luego; sin duda aspira al corazón de Strozzi, pero más por interés o por maldad que por amor. Mientras Charles satisfaga la primera de estas pasiones y dé alimento a la segunda, poco le interesan sus verdaderos sentimientos para con ella. Que se le mande cometer horrores y que se le pague bien, y Camille será la más feliz de las mujeres. Strozzi le cuenta el proyecto de hacer seducir a Laurence por el joven paje; Camille está de acuerdo y promete ayudarle. Ya no piensan más que en ejecutar el plan. Todas las noches se reúnen secretamente en los aposentos de Charles para estudiar el modo de tender y dirigir las redes que han ideado; se comunican las medidas adoptadas y conciertan nuevas estratagemas. Urbain y Camille son los agentes principales de esas pérfidas maquinaciones presididas por Furias y Bacantes.

¡Cuántos escollos tendría que sortear la desventurada joven Pazzi! Su candor, su inocencia, su franqueza, su confianza extrema..., ¿le permitirán salir victoriosa?... ¿Podrá la virtud desarmar al crimen? Tal vez, al proporcionarle un mayor campo de acción, o al oponerle tan elevadas barreras, sólo logre excitarlo más. ¿Cuál será el dios que guíe a Laurence en medio de esa maraña urdida para precipitarla en el abismo?

Urbain hizo gala de todos sus encantos y sus gracias; pero cuando en vez de divertir intentó enamorar... no lo consiguió. ¿Quién, salvo Antonio, podía reinar en el corazón de Laurence? Su alma, honesta y delicada, que hallaba la dicha en el cumplimiento de sus deberes, ¿podía acaso apartarse de su dueño? La inocente niña ni siquiera demostró percatarse de que Urbain deseara algo más que distraerla. Una de las características de la virtud es no sospechar jamás de la maldad.

Charles se había propuesto lograr el triunfo antes de la época convenida para las bodas de Antonio... Se equivocaba... El deseo de no precipitar los acontecimientos para no comprometer la victoria, le había hecho perder mucho tiempo. Antonio volvió; Louis le acompañaba; Laurence ya tenía edad suficiente, pues cumplía sus catorce años. Por lo tanto, se consumó el matrimonio.

Si es difícil describir la inocente alegría de Laurence al ver colmados sus anhelos... la felicidad extrema de Antonio, el contento de Louis, lo es mucho más expresar la amargura de

Charles al ver que todos los planes trazados para cometer su crimen serían ahora de más difícil realización. Laurence, en poder de su esposo, ¿dependería ya tan íntimamente de él? Mas los obstáculos enardecen a los malvados y Charles, furioso, juró a partir de entonces, lograr la perdición de su nuera.

Como el ascendiente de los Médicis aumentaba día a día en Florencia, Antonio tuvo que renunciar a los halagos de su vida conyugal para ir nuevamente al combate. El mismo Louis presiona a su sobrino, haciéndole ver que no puede prescindir de él y diciéndole que sus motivos personales no deben sobreponerse a los de interés general.

– ¡Ah, Cielos! ¡Os pierdo por segunda vez, Antonio!, exclama Laurence. ¡Apenas hemos gozado de nuestra dicha y ya se empeñan en separarnos! ¡Ay de nosotros! ¿Quién sabe si el Destino nos seguirá siendo propicio?... Antes os protegió, convengo en ello, pero ¿os acordará siempre sus favores? ¡Ah, Strozzi, Strozzi! ¡No sé que me ocurre, pero mil espantosos presagios, que no sentí en nuestra primera separación, me asaltan ahora! Presiento desdichas que penden sobre nosotros, sin poder adivinar cuál será su mano ejecutora... ¿Me amarás siempre, Antonio?... Piensa que tus deberes para con la esposa son mucho mayores de lo que antes fueron para con la amada... ¡Cuántos derechos tengo sobre ti!

– ¿Quién los conoce mejor que tu esposo, Laurence? Podrás multiplicar ante mis ojos todos esos encantadores derechos, que mi alma, más exigente que la tuya, sabrá encontrar otros nuevos.

– Pero Strozzi, ¿por qué separarnos esta vez? Ya no existen obstáculos para lo que hace un año no pudimos realizar. ¿No soy acaso tu esposa? Nada en el mundo puede impedirme estar a tu lado.

– La confusión y el peligro de los campos de batalla no convienen ni a tu sexo ni a tu edad... No, alma mía, quédate, esta ausencia no será tan prolongada como la anterior; ésta es una campaña decisiva para nuestras armas; o se nos aniquila para siempre, o antes de seis meses reinaremos.

Laurence acompaña a su marido hasta San Giovan, cerca del cuartel de Louis, hablándole constantemente de las desgracias que presiente y que no puede adivinar..., de un tenebroso velo que se tiende sobre su futuro y no logra descorrer... La joven esposa de Antonio derrama abundantes lágrimas ante estos negros pensamientos, y así se separa de los que más ama en el mundo.

La piadosa Laurence no quiso alejarse de las cercanías de la celebre abadía de Valombroza sin acudir a ella a rogar por el triunfo de su marido. Al llegar a ese oscuro retiro, en lo más profundo de un sombrío bosque que apenas deja pasar los rayos del sol... donde todo inspira esa especie de temor religioso que tanto agrada a las almas sensibles, Laurence no pudo contener el llanto, bañando con sus lágrimas el altar de Dios, ante el que imploraba. Allí, sumida en la congoja y el dolor, postrada ante el santuario, su pelo ondeado en desorden, ambos brazos elevados hacia el Cielo... sus rasgos embellecidos aún por la compunción y la ternura..., allí, repito, pareciera que esta sublime criatura, prosternada ante su Dios, recibiese de sus cantos rayos las virtudes que la distinguen... Se acusaría al Eterno de injusticia si no escuchara la oración de este ángel celestial, hecho a su imagen y semejanza.

Charles acompañó a su nuera pero, despreciando esas piadosas ceremonias, no quiso entrar al templo y, luego de haberse dedicado a cazar en los alrededores, volvió a buscarla, conduciéndola a unas tierras que poseía en las cercanías, en un paraje aún más agreste. Se había convenido en pasar allí el verano. Las luchas que agitarían a Florencia tornaban peligrosa la estancia en esa ciudad; además, esta soledad agradaba a Charles. El crimen se siente a gusto en esos tenebrosos lugares; los oscuros valles, la sombra imponente del bosque, envuelven al culpable en la noche del misterio y lo predisponen con más fuerza a urdir sus maquinaciones; esa especie de horror que esos sitios infunden en el alma, lo impulsa a cometer acciones cuyo desorden sólo se asemeja al que impera en esas espantosas regiones.



Se diría que la incomprensible mano de la Naturaleza quisiera someter a todo aquel que se acerca a contemplar sus caprichos, a las mismas irregularidades que ella ostenta.

– ¡Oh, Dios, que desierto!, exclama atemorizada Laurence, al ver un grupo de torres en el fondo de un precipicio, cubierto por tal cantidad de abetos y de alerces\* que apenas puede circular el aire. ¿Hay otros seres, prosiguió, aparte de las bestias feroces, que puedan habitar estos parajes?

– No os dejéis impresionar por el exterior, respondió Charles, adentro os sentiréis recompensada.

Después de enormes dificultades y fatigas, ya que ningún carruaje podía aventurarse en ese sitio, llega al fin Laurence y reconoce que nada falta, en efecto, en esta solitaria morada para hacer placentera la vida. Una vez en el fondo de esta cuenca, aparecía un castillo, confortable y perfectamente amoblado, jardines, bosquecillos, huertas y estanques\*\*.

Luego de transcurridos los primeros momentos, necesarios para instalarse, la esposa de Antonio, aunque rodeada de lujo y abundancia, comprendió, al no ver a nadie en este reducto oscuro, que su retiro era sólo una hermosa prisión. Demuestra su inquietud; Charles alega las inclemencias del tiempo, las dificultades, los peligrosos caminos..., el decoro que exige que mientras Antonio esté en la guerra su mujer viva en soledad...

– Sin embargo, pronto va a alegrarse este tedio, dice Charles con doblez. Hija mía, nada he escatimado para complaceros: Camille, que os tiene afecto, Urbain, que os divierte, son de la partida y se desviven por complaceros... Vuestros dibujos... vuestra guitarra, numerosos libros, entre los que no he olvidado a *Petrarca* que tanto os agrada; todo está aquí y os ayudará a distraeros; seis meses pasan pronto.

Laurence pregunta cómo hará para escribir a su marido.

– Me daréis vuestras cartas, responde Charles, y todas las semanas las enviaré junto con las mías.

Este arreglo, que contrariaba los deseos de Laurence, no fue en absoluto de su agrado; mas no lo demostró... En realidad, no tenía hasta el momento motivo alguno de queja; disimuló, pues, y así transcurrieron los días.

Todo volvía a ser como en la capital; pero el pudor excesivo de Laurence pronto se alarmó ante las libertades que se permitía Urbain. Vivamente excitado por su amo, y otro tanto tal vez por sus propias inclinaciones, el impúdico paje había osado finalmente confesar su pasión. Tal audacia sorprendió enormemente a la esposa de Antonio; presa de gran inquietud corre inmediatamente junto a Charles, quejándose con amargura contra Urbain... Strozzi la escucha al principio con atención...

– Mi querida niña, le dice luego, creo que concedéis demasiada importancia a distracciones que yo mismo he aconsejado. Considerad las cosas con mayor filosofía; sois joven, ardiente, en la edad de los placeres, vuestro marido está ausente. ¡Ah, mi pequeña! no lleváis tan lejos una austeridad de costumbres que sólo os procurará privaciones. Urbain sabe lo que hace, hija mía, con él no corréis riesgo alguno. En cuanto al peregrino temor de lesionar los sentimientos de vuestro esposo, el mismo carece de sentido; el mal que se ignora, no nos afecta. ¿Alegáis el amor?... pero el hecho de satisfacer una necesidad en nada ultraja los sentimientos morales; guardad para vuestro marido todo lo que de metafísico tiene el amor, y dejad que Urbain goce del resto. Os digo más: aunque olvidarais la imagen de ese querido esposo; aunque los placeres gozados junto a Urbain lograran extinguir el amor que conserváis tontamente hacia un ser que, en cualquier momento, los peligros de la guerra pueden arrebatáros, ¿qué crimen habría en ello? ¡Ah, Laurence, Laurence! El mismo Antonio, aun enterado de todo, sería el primero en deciros que la mayor locura consiste en reprimir deseos que, liberados... acrecidos,

---

\* Variedad de conífera, común en los Alpes y en los Apeninos, de aspecto tétrico y sombrío.

\*\* Esta morada no es fruto de una quimera. El autor la conoció e hizo su descripción en el lugar; se encuentra a cuatro millas al norte de Valombroza, en el mismo bosque. Ya no pertenece a los Strozzi.

pueden hacer de dos voluntarios cautivos, los seres más libres y dichosos de la tierra.

Y el infame, aprovechando la turbación en que tan espantosas palabras sumían al alma virtuosa de esa atractiva criatura, abre un gabinete donde se encuentra Urbain.

– ¡Tomad, crédula mujer!, exclama. De mi mano recibisteis un marido que no habría de satisfaceros; aceptad, como consuelo, un amante capaz de reparar mi error.

Y el indigno paje, abalanzándose en seguida sobre la triste y virtuosa mujer de Antonio, intenta obligarla a los últimos excesos...

– Desdichado, grita Laurence rechazando a Urbain con horror, huye lejos de mí si no quieres poner en peligro tu vida... y vos, padre mío... vos, de quien debía esperar otros consejos... vos, que tendríais que guiar mis pasos por la senda de la virtud... vos, a quien venía yo a implorar contra los ataques de este miserable... ya no os pido más que un favor... dejadme salir al instante de esta casa que detesto; iré a encontrarle con mi esposo en los campos de batalla de Toscana... compartiré su suerte, y cualesquiera fuesen los peligros que allí me amenacen, siempre serán menos horribles que los que me asechan junto a vos.

Mas Charles, furioso, se atraviesa ante la puerta hacia la cual se encaminaba la joven para huir, y le dice:

– ¡No, ciega criatura! ¡No saldrás de estos aposentos sin satisfacer antes a Urbain!

Y el paje; envalentonado, renueva sus indignos esfuerzos, cuando de pronto un involuntario impulso lo detiene... mira a Laurence... no se atreve a proseguir... está turbado; llora... ¡Oh, maravilloso imperio de la virtud!... Urbain cae a los pies de la que le ordenaron ultrajar y sólo atina a pedirle perdón... a implorar su clemencia... Strozzi se enfurece...

– ¡Vete!, dice a su paje, vete lejos de aquí con tus remordimientos y tu timidez, y vos, señora, preparaos a los efectos de mi cólera.

Mas esta atractiva mujer, a quien fortalece la virtud, se refugia en el vano de una puerta y, apoderándose del puñal de Strozzi, dejado imprudentemente sobre una mesa...

– ¡Acércate, monstruo, le dice, acércate ahora si te atreves! La primera puñalada será para ti; la otra me quitará la vida.

Tan valiente actitud en una mujer que no alcanza aún a los dieciséis años acobarda a Strozzi; aunque aspirara a serlo un día aún no era dueño de su nuera; se tranquiliza, o más bien finge hacerlo.

– Laurence, dejad esa arma, dice con sangre fría, dejadla; os lo ordeno con toda la autoridad que tengo sobre vos...Y abriendo la puerta del gabinete: Salid, señora, prosiguió, salid, sois libre, os doy mi palabra de no obligaros más... Me equivocaba; existen almas por cuya felicidad no hay que ocuparse nunca; demasiados prejuicios las ofuscan, y debe dejárselas desfallecer en ellos; salid, os lo repito, y dejad esa arma.

Laurence obedece sin responder y en cuanto traspone la puerta de este aposento fatal, arroja el puñal y vuelve a sus habitaciones.

En semejante crisis, el único consuelo para esta desdichada era la pérfida Camille, que aún no había sido desenmascarada por su ama. Se arroja en sus brazos; le cuenta lo ocurrido; prorrumpe en llanto rogando a su aya que haga todo lo que esté a su alcance para lograr enviar, en secreto, una carta a su marido. Camille, encantada de demostrar su celo a Charles traicionando a Laurence, promete hacerlo. Mas esta encantadora mujer, demasiado prudente como para acusar al padre de su esposo, se queja solamente a Antonio del mortal tedio que la consume en la casa de Charles; le habla de cuanto anhela salir de allí y de la necesidad de ir a su encuentro, esté donde esté, o de que él venga al menos un día a verla.

No bien escribe la carta, Camille se la entrega a Charles; Strozzi la abre precipitadamente y, a pesar de su furor, no puede menos que admirar la prudente discreción de la joven que, a pesar de haber sido atrocemente ultrajada, no osa nombrar a su perseguidor. Quema la carta de su nuera y escribe otra a Antonio, de bien diferente estilo.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

